

El pensamiento pragmatista norteamericano en comunicación

Por Jesús Octavio Elizondo Martínez
Universidad Autónoma Metropolitana- Cuajimalpa
jelizondo@correo.cua.uam.mx

Resumen

En este trabajo se analiza el origen del pensamiento pragmatista norteamericano y su relación con los estudios de comunicación. El periodo de la primera escuela de Chicago albergó el trabajo del pedagogo y demócrata norteamericano John Dewey, del historiador canadiense Harold A. Innis y del “inconformista” Thorstein Veblen entre otros. Fue un momento de grandes expectativas humanistas sobre el desarrollo y la prosperidad económica, de la tecnología y la democracia. En este contexto previo a la primera guerra mundial, se gestaron las ideas de las corrientes norteamericanas de la comunicación. El pragmatismo ideado por C. S. Peirce y difundido por William James fue una forma de argumentar que subyace en todas ellas. En este trabajo se analizan las características que dieron origen al giro pragmático y su relación con las teorías de la comunicación norteamericanas.

Palabras clave: teoría de la comunicación, pragmatismo, escuela de Chicago, humanismo

Algunos historiadores de la comunicación proponen que el campo de los estudios en comunicación en América del Norte nació, o por lo menos se puede decir que se incubó, durante las primeras décadas del siglo XX con los escritos de John Dewey (1859-1952), Charles Horton Cooley (1864-1929) y Robert Ezra Park (1864-1944). A ellos tres se les ha llamado la Escuela de Chicago, fueron académicos humanistas quienes concebían a la sociedad como un organismo en evolución, en desarrollo (Babe, 2000, 19). En el texto colectivo “Humanism and its Aspirations” –que es una versión del Manifiesto Humanista de 1933– se lee: “el humanismo es una filosofía progresista de la vida que, sin una concepción supranaturalista [mística], afirma nuestra habilidad y responsabilidad para vivir de manera ética realizándonos personalmente y aspirando al bien común de la humanidad” (AHA, 2003, 1).¹

¹ “Humanism is a progressive philosophy of life that, without supernaturalism, affirms our ability and responsibility to lead ethical lives of personal fulfillment that aspire to the greater good of humanity.”

Estos humanistas norteamericanos veían a los medios de comunicación como los lazos que vinculan, o al menos que deberían unir, a los diferentes actores sociales. Se les puede llamar humanistas más que científicos sociales debido a su sesgo hacia el razonamiento analógico; por ejemplo: a concebir la sociedad como un organismo, al tren como las venas por las que corre la sangre, al tendido del telégrafo y teléfono como los nervios, y porque además les preocupaba el problema de la democracia y la comunidad, conceptos difícilmente cuantificables. Si a esto unimos que pertenecían a la tradición idealista y pluralista de pensamiento –ya que preferían especular acerca de las posibilidades de unos nuevos medios de comunicación que enriquecieran la vida individual y comunal–, en oposición a la observación de la forma en que, de hecho, los medios se han desarrollado y funcionado en el mundo real con sus relaciones de poder asimétricas. A la Escuela de Chicago la animaba la posibilidad de que la naciente industria de la comunicación pudiera educar al público y ayudar a la creación de una *gran comunidad* (*Great Community*). Concebían a los medios como una fuerza de cohesión, proveedora de conocimiento y facilitadora del diálogo (Babe, 2000, 20). Mediante la noción de instrumentalismo, Dewey plantea que las tecnologías son instrumentos para resolver problemas y conforme éstos cambian, también lo hacen los instrumentos. En consecuencia, es fácil pasar del instrumentalismo a una doctrina donde se considere un inevitable desarrollo mediante la evolución de la tecnología. En el primer párrafo del manifiesto se puede ver la relación que guardan, desde esta perspectiva, el humanismo, la evolución de la sociedad, el arte y la tecnología:

El conocimiento del mundo se extrae de la observación, la experimentación y el análisis racional. Los humanistas juzgan a la ciencia como el mejor método para determinar este conocimiento así como para resolver conflictos y desarrollar

tecnologías benéficas. Reconocen el valor de nuevas formas de pensamiento, de las artes y de experiencias internas, todas ellas objeto de análisis por parte de la inteligencia crítica. (Dewey, 1998, 1).²

Para la Escuela de Chicago la gente vive en un nexo permanente de comunicación tal y como lo expresa Dewey en el apartado sobre educación y comunicación de su libro *Educación y democracia*:

La sociedad no existe únicamente gracias a la transmisión o por la comunicación, sino que existe *en la transmisión, en la comunicación*. Existe algo más que una relación verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación, [ya que] los hombres viven en comunidad en la medida de las cosas que tienen en común y la comunicación es la manera en que llegan a tener cosas en común. (Dewey, 1916, 4)³

Las comunidades para estos teóricos no están constituidas por individuos que simplemente transmiten mensajes entre sí, sino que las comunidades son definidas por el tipo de relaciones, por el patrón de relaciones que establecen entre ellos. Los medios de comunicación “contienen” a las comunidades y a los individuos que las constituyen (Babe, 2000, 20). La comunicación es al mismo tiempo la causa y el remedio de la pérdida de la comunidad social y de la democracia política.

² “Knowledge of the world is derived by observation, experimentation, and rational analysis. Humanists find that science is the best method for determining this knowledge as well as for solving problems and developing beneficial technologies. We also recognize the value of new departures in thought, the arts, and inner experience—each subject to analysis by critical intelligence.”

³ “Society not only continues to exist by transmission, by communication, but it may fairly be said to exist in transmission, in communication. There is more than a verbal tie between the words common, community, and communication. Men live in a community in virtue of the things which they have in common; and communication is the way in which they come to possess things in common.”

Un contemporáneo de Dewey en la Universidad de Chicago fue Thorstein Veblen, economista político “inconformista”. Rara vez mencionado en la literatura sobre estudios de comunicación, Veblen es, sin embargo, un escritor con un gran pensamiento original en comunicación y sus ideas se pueden encontrar de manera sobresaliente en los escritos de Harold Innis. En su primer libro *La teoría de la clase ociosa* (escrito en 1899), Veblen concibe lo comunicativo como opuesto a la característica utilitaria de los bienes de consumo, es decir, la gente emite mensajes mediante sus posesiones, sus hábitos y su modo de utilizar su tiempo de ocio; los objetos de consumo no sólo significan ciertas cosas, también “median” las relaciones humanas. La vestimenta, las formas de transporte, la habitación, son señales, marcas de las diferencias de clase, por ejemplo. (Babe, 2000, 21). En trabajos posteriores expone su idea de lo que considera verdaderas instituciones que apoyan la comprensión y el entendimiento y constituyen las suposiciones de cada cultura y subcultura, siendo la base sobre la cual la cognición y la interpretación se sostienen. Así, si estamos acostumbrados a pensar sobre las cosas de manera instrumental, entonces por ejemplo, nos preguntaremos acerca de la naturaleza de forma muy diferente que si concebimos todos los elementos del mundo como intrínsecamente relacionados e interdependientes. Los estudios de Veblen también incluyen el tema de las tecnologías, a las cuales define como *hábitos de acción*, como una “práctica formalizada”. Implícita en su trabajo está la noción de que aquellos grupos que controlan cierta tecnología importante o cierta práctica ejercen control sobre la cultura y el cambio cultural. Éste fue uno de los postulados que retomó Innis en su teoría de la comunicación (Babe, 2000, 21).

A pesar de sus ideas progresistas, los teóricos de la Escuela de Chicago fueron ignorados en los Estados Unidos durante las décadas de 1920 y 1930. La Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión opacaron todo sistema de pensamiento que

propusiera un progreso inevitable. Además, durante esas dos décadas oscuras, los medios de comunicación fueron usados implacablemente con fines propagandísticos y publicitarios, y no para la “iluminación” o para la creación de la *gran comunidad* democrática que Dewey soñara (Babe, 2000, 21). La mayor falla de la Escuela de Chicago fue su negativa a abordar la realidad social y económica de los conflictos del presente. Mientras por un lado reconocieron el potencial político de las tecnologías de la comunicación como medios para la transformación industrial de la sociedad en esa gran comunidad, por el otro ignoraron la distribución del poder que Innis denominó *monopolios del conocimiento* dejando en claro que no eran economistas políticos.

Durante la década de 1930 surgió en los Estados Unidos la Escuela de Investigación en Comunicación conocida como *Communication Research*, con un sesgo marcadamente estadístico y experimental, que fue la base de la mercadotecnia moderna. Atrás quedaron los objetivos utópicos de una comunicación en aras de la iluminación de la sociedad, la creación de la gran comunidad democrática y el bien común. Ahora los objetivos tenían que ver con la medición de la audiencia y la opinión, el comportamiento en el consumo de bienes materiales, la recepción de la propaganda y la publicidad. Exponentes más visibles de esta escuela fueron Felix Lazarsfeld, Harold Laswell y más adelante Wilbur Schram. No obstante, ambas escuelas compartían el carácter empírico resultado de la herencia del pragmatismo estadounidense.

La Escuela de Chicago sentó las bases filosóficas para el desarrollo del empirismo. En el campo de la comunicación y la educación, así como en muchos otros, Dewey había sido uno de los exponentes más convencidos del pragmatismo, y heredero del pensamiento de Charles Sanders Peirce (1839-1914) y William James (1842-1910). La idea central del pragmatismo es que el conocimiento tiene valor siempre y cuando pueda ser aplicado, puesto en práctica. Esta idea fue elaborada por James a partir de la

máxima pragmática de Peirce que dice que para conocer el significado de un concepto abstracto que tengamos en mente habrá que observar las repercusiones prácticas que de este concepto podamos imaginar en el mundo (Elizondo, 2006, 51). Es preciso aclarar que el pragmatismo de Peirce previene de una teoría lógica del significado y no de la psicología como lo emplea James. En apariencia, el pragmatismo combinado con una visión progresista y algo de instrumentalismo constituye una postura filosófica en concordancia con una orientación administrativa y pluralista propia de Estados Unidos. En este sentido, no se trata de ver la propuesta de Dewey como el “camino no seguido” (Babe, 2000, 22), sino más bien como parte de un movimiento de carácter pragmatista mucho más amplio y en el que jugó un papel importante.

Debemos a Dewey haber impulsado la publicación de los manuscritos de Peirce una vez fallecido éste en 1914, textos compilados en ocho volúmenes bajo el título de *Collected Papers* por la Harvard University Press. Si bien el pragmatismo de carácter instrumentalista desarrollado por Dewey fue una de las vertientes más fructíferas de esta teoría, hubo otros pensadores que lo llevaron a otros horizontes relacionados con la comunicación. George Herbert Mead (1863-1913) fue el fundador de la psicología social “ámbito donde la herencia pragmática alcanzó los resultados más extraordinarios” (Sini, 1999, 46). Dewey y Mead se conocieron en Chicago donde colaboraron en sus indagaciones y donde Mead desarrollaría el conductismo social. Discípulo de Mead, Charles Morris (1901-1979) se abocó a estudiar “el tema del lenguaje (científico y no científico), a partir del conductismo social de Mead y, sobre todo, de la semiótica o teoría de los signos de Peirce.” Sobre la base de que “toda función comunicativa se lleva a cabo mediante signos, signos, que, a su vez, pueden ser estudiados desde tres perspectivas diferentes” (Sini, 1999, 47). Estas tres perspectivas o niveles son la

sintaxis, la semántica y la pragmática. La primera estudia las reglas que rigen la relación de los signos entre sí, como en el caso de la gramática. La semántica se aboca al estudio de los signos y sus significados y finalmente la pragmática estudia la relación de los signos con sus usuarios en la acción interpretativa "...o como decía Peirce al hábito 'interpretante', que los asume precisamente como signos y los inserta en la cadena de las consecuencias prácticas que de ellos derivan" (Sini, 1999, 47). Las tres perspectivas juntas forman una gran *ciencia unificada*, proyecto que Morris abrazó en los años treinta junto con los teóricos lógicos del Círculo de Viena con Rudolf Carnap al frente de ellos.

La pragmática, nos dice Sini, "constituye el terreno en el que toda la influencia de la escuela pragmática, desde Peirce y James hasta Dewey y Mead, puede establecer un diálogo con las tesis específicas del neopositivismo" (Sini, 1999, 47-48). Por último, cabe mencionar la obra de John Roger Searle (1932), quien continuará desarrollando la teoría de los actos de habla de J. L. Austin y pondrá el énfasis en la cuestión de la intencionalidad, mostrando "su genuina comprensión del pragmatismo, cuyo núcleo consiste precisamente en la completa reducción del significado a la acción significativa" (Sini, 1999, 53).

En el campo de la filosofía y de la lógica en particular resaltan los nombres de Donald Davidson (1917) quien estudió la relación entre pragmatismo y filosofía analítica, Hilary Putnam (1926) que centró su investigación en la relación mente-realidad y finalmente Richard Rorty (1913) quien "trató de escapar, como Davidson y Putnam, a la angustia provocada por su inicial formación neopositivista, pero para ello se acercó, más que a James, a Dewey" (Sini, 1999, 51).

El recurso a la práctica tiene como objetivo "mostrar cómo y de qué están hechas nuestras ideas, dónde se originan nuestros hábitos, y porqué estamos dispuestos a

interpretar y a responder de un cierto modo y no de otro (...) [y es que] los impulsos y los intereses son ya hábitos de un sujeto, de modo que este sujeto no es una premisa, sino un resultado, como mostraron Peirce y Mead” (Sini, 1999, 54).

Así pues, una práctica es algo empírico y trascendental al mismo tiempo. Hay en ella una gran cantidad de hábitos heredados y, sin embargo, presenta también una nueva perspectiva novedosa, un nuevo “sentido” del obrar. Chauncey Wright dio el primer paso al hablar del “nuevo uso de viejas facultades” como principio explicativo de la evolución de la inteligencia.

Tomemos como ejemplo la práctica de la escritura: ciertamente surge de hábitos y consolidados (de haber interpretado en un cierto modo, decía Peirce), como el grabado en la piedra y otros similares; pero aquélla, más adelante, logra ensamblar esas distintas habilidades en un nuevo uso, que da lugar a un nuevo sentido del grabado. A partir de aquí comienza una serie infinita de consecuencias “establecidas” que dan cuenta, a su vez, de múltiples umbrales, de los pictogramas rupestres a los caracteres cuneiformes, de los jeroglíficos y los silabarios semíticos al alfabeto. Cada umbral es, por su parte, albor de muchos nuevos umbrales, así la escritura, por ejemplo, modifica poco a poco no sólo los soportes (de la piedra al papiro, del pergamino al papel y de ahí a la pantalla del ordenador), sino también las “técnicas” de grabado puestas en juego en cada ocasión (incisión, esgrafiado, escritura a mano con tinta, imprenta, mecanografía, registro en la memoria electrónica). Son precisamente estas diferencias empíricas las que modifican los objetos que se van produciendo y los sujetos que se relacionan con ellos.

Es necesario observar con detenimiento estos umbrales “empíricos”: no es tarea del filósofo tratar de asumirlos ingenuamente, dirigiendo su mirada hacia alguna suerte de “historia de la escritura”. Ni la “escritura” ni la “historia” existen en ninguna parte como presuntas realidades en sí: historia y escritura son objetos mentales, signos conceptuales posibilitados y evidenciados precisamente por la práctica de la escritura. Se trata de “objetos” que se construyen en el interior de las prácticas de escritura determinadas en cada ocasión. De este modo, no es la misma idea de escritura la que encontramos en las cabezas de los griegos que se desternillan de risa en el teatro porque el malicioso Aristófanes ha hecho aparecer en escena a un hombre absorto en la lectura de un papiro, sabiendo que una actividad tan extravagante e insólita habría de producir el deseado efecto hilarante en sus espectadores analfabetos, que la idea de escritura que está en la mente de un monje de la Alta Edad Media dedicado a recorrer y a rumiar, salmodiando ensimismado, los pergaminos miniados del gran misal situado en el centro del coro. Tampoco es la misma idea de escritura que pudiera tener el intelectual ilustrado que hojea los volúmenes de la *Enciclopedia*, ni la de nuestro contemporáneo que alquila un “vídeo” para proyectarlo en su televisión privada. No es la misma idea y, sin embargo, en cada nuevo tipo de práctica de escritura convergen sus precedentes, que son reinterpretados desde ese nuevo punto de vista, constituyéndose poco a poco en un concepto unitario de escritura como resultado global. (Sini, 1999, 55-56)

Bibliografía

American Humanist Association (2003). *Humanism and its Aspirations. Humanist Manifesto III, a successor to the Humanist Manifesto of 1933*. USA: Disponible

en: <http://www.americanhumanist.org/3/HumandItsAspirations.php> [2008, 19 de junio].

Babe, Robert E. (2000). *Canadian Communication Thought. Ten Foundational Writers*. Toronto: Toronto University Press.

Dewey, John (1916). *Democracy and Education*. New York: Macmillan.

----- (1998). *How We Think: A Restatement of the Relation of Reflective Thinking to the Educative Process*. Boston: Houghton Mifflin

Elizondo, Jesús Octavio (2006). *Signo en acción. El origen común de la semiótica y el pragmatismo*. México: Universidad Iberoamericana.

----- (2009). *La escuela de comunicación de Toronto. Comprendiendo los efectos del cambio tecnológico*. México: Siglo XXI Editores

Sini, Carlo (1999). *El pragmatismo*. Madrid: Akal.